

*Receta contra la sordera:* Tómese ámbar amarillo y flor de azufre en dosis iguales de una onza ó de media; échese sobre brasas bien encendidas y tómese el humo que salga en un embudo cuya parte mas delgada se meterá dentro de la oreja. Cójase la miga de un pan de dos cuartos recién salido del horno, échese esta miga á remojar en aguardiente y aplíquese á la nuca al mismo tiempo que se recibe el humo por el oído. Esto hay que hacerlo tres veces por semana mientras sale el humo y hasta que el todo quede reducido á un polvo sutil.

*Receta concerniente á la piedra filosofal.*

Cójase espíritu y échense dos onzas de este en ocho de mercurio en un alambique, póngase todo al fuego y para que el alambique no se rompa, embárnese antes bien. Pónganse en... (aquí faltan algunas palabras) y al cabo de ocho dias, estará hecha la masa. Esta se pondrá á derretir, cuidando de que el fuego no sea muy fuerte al principio; cuézase en seguida por espacio de otras doce horas y riéguese con espíritu.

Para hacer este, ó mejor dicho, para aumentarlo, se toman cuatro porciones de plata y granalla con una de espíritu y está hecho el aumento.

En una palabra, aquello era un arsenal de envenenadores y alquimistas.

Resta hablar de los frascos, entre los cuales habia uno grande, cuadrado, lleno de agua clara; otro, tambien con agua clara y en el fondo un sedimento blancuzco; este era sin duda el que contenia el veneno mas activo, un aparato misterioso del crimen.

Asistamos á las pruebas hechas por el boticario Guy-Simon. Este empieza por echar algunas gotas del licor que contienen los frasquitos en aceite de tártaro y en agua marina y nada se precipita en el fondo de las vasijas. Luego echa un poco de licor en un alambique, sobre arena y no halla ninguna materia ácida ni acre al paladar y casi ninguna sal fija. En seguida envenena un pichon, un perro y un pavipollo, los abre despues de muertos y no encuentra sino un poco de sangre cuajada en el ventrículo inferior.

Guy-Simon hace tambien la prueba de los polvos blancos que se hallan en el fondo de uno de los frasquitos, dándole á un gato un pedazo de asadura de carnero impregnado de aquellos polvos; el animal empieza á vomitar y sigue haciéndolo por espacio de media hora; al dia siguiente se le encuentra muerto, sin que el veneno haya alterado ninguna de las partes internas de su cuerpo.

Sí, como es muy probable, tenemos que habérnoslas aquí con el ácido arsenical ya se ve lo adelantados que estaban con respecto á toxicología, la química y la anatomía á fines del siglo XVII.

El veneno de Sainte-Croix habia resistido á los experimentos de los prácticos; estos lo declararon terrible y diabólico. Todo lo que ellos sabian de los venenos vulgares, les dió por oposicion las propiedades de este agente homicida. Hé aquí el paralelo tal

como lo encontramos establecido en un escrito de la época (1).

¿Qué se sabia hasta entonces de venenos?

«En el agua su pesantez los arroja al fondo; esta queda encima, el veneno obedece, se precipita y queda debajo. La prueba del fuego no es menos segura, este evapora, disipa y consume todo lo que es inocente y puro en las sustancias venenosas y no deja en ellas sino una materia acre y picante, la única que resiste á su impresion. Los efectos del veneno sobre los animales son todavía mas sensibles: lleva su malignidad á todas las partes á donde alcanza; vicia todo lo que toca; rompe y quema con un fuego extraño y violento todas las entrañas.»

Hé aquí el veneno comun, tal como se conocia hasta entonces con sus cualidades evidentes, con sus efectos visibles, pero el veneno de Sainte-Croix es otra cosa.

«Este veneno ha pasado por todas las pruebas, vencido el arte y la capacidad de los médicos y justificado el error de aquellos hombres hábiles, cuyo mérito consiste esclusivamente en la credulidad de los pueblos. Este veneno nada sobre el agua, es superior á ella y hace obedecer á este elemento; se escapa de la esperiencia del fuego en el que no deja sino una materia dulce é inocente; en los animales se esconde y oculta con tanto arte y destreza que no se le puede reconocer; todas las partes del cuerpo quedan sanas y vivas, segun el lenguaje médico; y al mismo tiempo que hace correr por ellas una causa mortífera las conserva con todas las señales de la vida.»

Todos estos doctos absurdos no dejaban de preocupar las imaginaciones y los espíritus, así en la corte como entre el pueblo, en donde se esplicaban por el veneno de Sainte-Croix mas de cuatro muertes sospechosas.

Respecto á los dos personajes, destinados á llamar la atencion del público por las extrañas palabras de Sainte-Croix, ya hemos dicho que la viuda de este habia gestionado contra ellos, pidiendo el reconocimiento y la restitution de los bienes inventariados: Hé aquí lo que pidió:

«Que se mande que los pagarés y billetes, tanto de la susodicha señora, como de M. Pennautier, pasen á manos de la viuda de Sainte-Croix para proseguir el pago.»

En consecuencia de esta peticion y de la demanda del sustituto, el teniente civil habia citado á Mad. de Brinvilliers y al señor de Pennautier para el 23 de abril, pero ambos faltaron á la cita y se les volvió á citar para el 27. En este dia el único que compareció fue Huberto Desvignes, procurador de Pennautier y pidió un plazo en razon á hallarse ausente su principal. Lamarre, procurador de Mad. de Brinvilliers, tambien compareció solo y dijo, que si en efecto habia en la arquilla un pagaré con la firma de Aubray, protestaba desde luego, reservándose su derecho para hacer declarar nulo aquel pagaré y arrancado por sorpresa. La señora de Sainte-Croix pidió que se sentenciase á sus contrarios en rebeldía sobre aquel

(1) Alegato de la señora de Saint-Laurens.